se citan, una cuyo título era las *Alabanzas de Hércules*; una tragedia intitulada *Edipo*; un libro religioso sobre la *Adivinacion*, y una obra opuesta al *Caton de Utica* de Ciceron. Tambien compuso versos y los colocó en las bibliotecas públicas. En la *Vida de Terencio*, escrita por Suetonio, que aún se conserva, hay algunos versos de César, que no carecen de elegancia, segun dicen los muy inteligentes en la lengua latina (17).

Sin embargo, sus *Comentarios* sobre la guerra de las Galias y las guerras civiles, son la obra suya que ha pasado á la posteridad, como un modelo perfecto de estilo sencillo y de gracias naturales, que se perderían desde el instante en que se recargasen de adornos. Ciceron dice que los hombres de letras desprovistos de verdadero ingenio, se sentirian inclinados á escribir la historia de las campañas de César, en un estilo más rico de ornamentos; pero que jamás, ningun escritor sensato, intentará referir aquellos hechos, de otro modo que están referidos por su autor (18).

De César se conservan, tambien, algunas frases pronunciadas en momentos críticos ó solemnes. Dejando á un lado aquel dicho tan conocido de *llegué, ví, vencí*, que le sirvió para dar cuenta, á un amigo suyo, de la celeridad con que habia



llegado á los reales contrarios, y de la rapidez con que habia dispuesto la batalla y obtenido la victoria, no puedo ménos de recordar la frase con que alentó á un piloto que creia imposible hacer frente á una tempestad desecha. César queria ser conducido al punto donde se hallaban unas legiones suyas, cuya tardanza podia comprometer su lucha con Pompeyo. Salió de noche y disfrazado de su campo, para que nadie se apercibiese de su ausencia. El piloto de la barca que le conducia, viendo á los marineros fatigados inútilmente para vencer, á fuerza de remos, el ímpetu de las olas y de los vientos, le manifestó que era imposible continuar la travesía. Descubrióse entónces Julio César, y cogiendo una mano del piloto le dijo: «No temas: llevas á César y su fortuna.» Pero esta frase que tuvo, para aquellos hombres, una influencia mágica, aunque al fin tuvieron que retroceder, cuando estaban próximos á sumergirse, la amplifica Lucano en su poema, y le quita la belleza y la energía que debe á su concision. Voy á permitirme leer los seis versos endecasílabos, de que el poeta se vale, para decir lo que tan brevemente dijo César (19).

«César, que siempre armó la confianza
Contra amenazas últimas del hado,
Mi naufragio, responde, es la tardanza.

Larga velas en contra el golfo airado,
Combate su altivez, sus fuerzas doma,
Y si te niega puerto, en mí le toma.»

Se vé, pues, señores, que la pompa y las amplificaciones, no siempre son útiles, y en algunos casos, como en el presente, son desventajosas. Más diré aún: cuando se amplifica demasiado, y cuando los adornos se emplean con exceso, entónces el estilo no sólo es defectuoso, sino insoportable y hasta pedantesco. La verdadera elevacion depende de las ideas, y «la nobleza del estilo no es, de modo alguno, enemiga de la simplicidad: al contrario, lo que es verdaderamente grande, jamás lo parece tanto como cuando desnuda y simplemente, se presenta, tal cual ello es.» En el caso mismo de que se hable del estilo florido, la libertad de ornato no carece de límites ó de medida. Ella está sujeta á la inflexible ley de la verdad, que jamás sufre excepcion alguna.

Suponed, señores, que para presentar ante vosotros más grande la figura de Julio César, hubiese estado yo *giganteando*, por decirlo así, toda la noche; y que para daros una idea de la guerra de las Galias, hubiese descrito las batallas campales que allí se riñeron, presentando á las legiones sumergidas entre nubes y remolinos de polvo; las espadas arrojando de sus cortantes, acerados filos, lluvias de ardientes incontrastables rayos; los arroyos y áun los grandes rios saliendo de madre, con la sangre de los muertos y los heridos; á los heridos mismos arrojando de sus fuertes, belicosos pechos cataratas de roja, ennegrecida sangre; al sol deteniendo su rápida, majestuosa marcha; al alto, inmensurable Olimpo, retemblando como si Júpiter sintiese espanto en su brillante, diamantino trono, y como si todas las Divinidades temiesen el desquiciamiento completo de su alta, augusta, insólita, celestial morada; ¿no diríais, señores, con Moratin y Jovellanos, que, al expresarme de este modo, me habia puesto en ridículo? ¿No diríais, igualmente, que la pompa excesiva, ó, lo que es lo mismo, la hinchazon, no puede sostenerse sino á expensas de la verdad? Todo esto, y más, podríais decir, y si guardábais silencio sería por bondad, y de ningun modo porque os faltase la razon. Éstas, que yo rápidamente he expuesto aquí, eran, sin duda alguna, las opiniones de Julio César, sobre el estilo. Así lo atestigua Ciceron, cuando, refiriéndose á él, dice que tomaba la razon por guia, y que respetando el uso comun, procuraba depurarlo; y así lo confirma una frase del mismo César, en la cual aconseja que se

huya, como de un escollo, de toda palabra anticuada ó nueva. (20)

De sus discursos políticos, sólo tenemos el extracto del que pronunciara con motivo de la conjuracion de Catilina; y de sus discursos forenses el exordio de la defensa que hizo de los de Bitinia. Hé aquí este exordio: «La hospitalidad que he recibido del rey Nicomedes, y la amistad que me une á los interesados en esta causa, no me permiten dejar, á otros, el cuidado de defenderlos. La memoria de los muertos, debe ser religiosamente conservada, en el corazon de sus deudos y amigos; y sabido es que no puede abandonarse á un cliente en peligro, sin cubrirse de infamia. Nuestros deberes respecto de nuestros clientes son tan sagrados, que siguen, inmediatamente, á los que nos imponen los vínculos de la sangre.» (21)

Pero César, señores, era más afortunado en los campos que en las lides oratorias. En aquellos fué invencible, y en éstas con frecuencia vencido, por hombres ménos elocuentes que él. Su acusacion contra Dolabela fracasó, dándole motivo para decir que el discurso de Cotta (que era el abogado de su contrario) le arrancaba, de las manos, la mejor de las causas. (22) En un principio, no tenia que vencer las grandes rivalidades



políticas que se atravesaron, despues, en su camino, cuando sus complacencias con el partido popular, despertaron la desconfianza del Senado. Su principal antagonista fué Caton, descendiente de aquel otro personaje de igual nombre, de Caton el Antiguo, de quien ya os hablé en una de nuestras primeras conferencias.

Ignoro si César se encontró alguna vez en el Foro, frente de otros oradores notables que por entónces florecieron en Roma, y entre los cuales los más distinguidos fueron M. Celio, Licinio Calvo, y Marcelo. El primero de estos abrazó, durante su tribunado, la causa de los nobles contra los excesos demagógicos, y tuvo ocasion de pronunciar, además de muchos discursos forenses no escasos de mérito, varias acusaciones y discursos políticos que le acreditaron de orador brillante. Licinio Calvo, á quien cita Quintiliano, quizá con más frecuencia que á todo otro orador de Roma, excepcion hecha de Ciceron, se distinguió en la oratoria forense. Era tan cuidadoso del estilo, que, por castigarlo con exceso en su desmedido afan de aproximarse, en perfeccion, á los modelos griegos, llegó á pecar de conciso y descarnado; de tal suerte, que no todos los oyentes podian seguir el curso de sus peroraciones, comprendiéndole por completo. En cuanto á Marcelo,

era un hombre de un mérito singular, que tenia muchos puntos de semejanza con el mismo Ciceron. Como él, se habia dedicado, con aficion ardientísima, al estudio de la elocuencia, procurando perfeccionarse en ella por medio de contínuos ejercicios; como él poseia un estilo rico y que abundaba en expresiones brillantes; como él tenia, tambien, una voz clara y sonora, y unos ademanes y actitudes expresivos y nobles, que realzaban cuanto decia; y como él habia estudiado la filosofía en Roma y Grecia, aprovechando las lecciones del sábio Cratipo, á quien ambos honraron con su amistad. Los disturbios ocurridos allí, y los desencantos de la vida pública, hicieron que este personaje se retirase á Atenas, despues de haber ejercido, en su patria, la dignidad consular, y que buscase, en las letras, los tranquilos placeres que proporcionan, á quien las cultiva con verdadero amor. (23)

Mas ninguno de estos llegó á ser, como orador ó ciudadano, una figura suficientemente grande, para merecer un lugar junto á Julio César. Sólo Caton de Utica, repito, es digno de esta preferencia. Baste deciros que sin ejércitos, sin talentos militares de primer órden, sin riquezas, sin intrigas, sin la grandilocuencia de Ciceron, y sin apoyarse sistemáticamente en la nobleza romana, y ménos todavía en complacencias populares, rivalizó en prestigio con el vencedor de los galos y bretones, gravitando, á las veces, en la balanza donde se pesaban los destinos de Roma, tanto como el gran Pompeyo, y, en ocasiones, más aún que éste y que el mismo César. Plutarco ha escrito su biografía, lo cual significa que lo consideró como uno de los grandes hombres de la antigüedad. En las hermosas páginas en que nos habla de él, vemos cómo fué aquella naturaleza, fuertemente templada para la virtud, formándose y desarrollándose hasta llegar á ser, en la edad adulta, un verdadero anacronismo de su época. Quedó huérfano desde muy niño, y quizá la falta de las caricias maternales, contribuyó á la austeridad de sus costumbres, y severidad inflexible de su carácter, tanto como las doctrinas de los estóicos, cuya secta abrazó. A los 14 años de edad manifestó vehementes deseos de dar muerte á Sila, para libertar, á Roma, de la tiranía de aquel mónstruo. En todo el curso de su vida, siempre estuvo al lado de los hombres de bien, y de la conveniencia pública; sin consultar sus particulares intereses, ni atender al poderío de sus contrarios, para atacarles cuando el patriotismo lo aconsejaba. (24)

Jamás se le vió prepararse, para la tribuna, con

los ejercicios oratorios en que otros jóvenes se adiestraban; y habiéndosele dicho que su silencio era vituverable, contestó que ya hablaria cuando tuviese que decir cosas dignas de la atencion pública. Su primer combate no fué en la arena judicial. Trataban los Tribunos de quitar una columna de la Basílica *Porcia*, y Caton se opuso á ello, creyendo que debia defender la obra de su ilustre antepasado. El que tenga presente el inmenso poder de los tribunos, sobre todo en una época en que eran cercanos precursores de los Césares, se admirará de que fuesen vencidos por aquel jóven, como todo el mundo se admiró, en Roma, de la elocuencia y la valentía con que sostuvo, é hizo triunfar, su parecer. Vióse entónces que, sin pretensiones de orador, lo era, y muy elocuente. Su discurso parecia la obra de una inteligencia llegada á su madurez. «Muy lejos de abundar en adornos inútiles y vana pompa, estaba lleno de fuerza y buen sentido. En medio de la brevedad y solidez de sus conceptos, se descubrian ciertas gracias naturales que formaban, con la severidad de sus costumbres, un conjunto delicioso de gravedad y donaire, que era el encanto de los oyentes. Su voz alcanzaba, sin esfuerzo, á aquel inmenso auditorio, y el vigor de su pecho era tal, que jamás se enronqueció ni



fatigó, aunque tuvo que hablar, con frecuencia, dias enteros.» (25)

Una de estas ocasiones tuvo lugar, cuando César, á su regreso de España, solicitaba el consulado, y los honores del triunfo, al propio tiempo. Las leyes prohibian que pudiese lograrse el primer objeto sin que estuviese presente el candidato en Roma, y ordenaban que se permaneciese fuera de la ciudad, para solicitar y conseguir el segundo. Pidió César, para él, la dispensa de estas disposiciones, y viendo Caton que una gran mayoría del Senado estaba resuelta á concederle tal gracia, y que nada bastaba á cambiar la disposicion de los ánimos, estuvo haciendo uso de la palabra todo el dia; logrando, así, con un discurso de once horas, que la sesion terminase, sin tomar acuerdo alguno.

Contra el mismo Julio César, empleó de nuevo Caton, en el siguiente año, el derecho que todo senador tenia de hablar, cuanto tiempo quisiera, dentro y fuera de la cuestion, cuando le llegaba el turno de emitir su dictámen. Urgia mucho, á unos, tomar cierto acuerdo en el Senado, y querian, otros, aplazar toda resolucion sobre aquel asunto. Julio César, ya cónsul, era de los primeros, y Caton, que pertenecia al número de los segundos, recurrió á su ensayado medio de pronun-

ciar un discurso, que llevaba trazas de no acabar nunca. Instóle el Cónsul para que no entorpeciese el debate y la votacion; amenazóle despues; y viendo que todo era inútil contra aquella voluntad de acero, mandó prenderle. El Senado, entónces, se levantó en masa, para seguir al infatigable orador, consiguiendo, con una protesta tan enérgica, que César revocase la órden, y reconociera su derrota. (26)

Otra vez se opuso Caton, en el Senado, á una ley en que, el tribuno Metelo, so pretexto de que estaba, el órden público, amenazado en Roma, ordenaba que Pompeyo viniese inmediatamente á Italia con su ejército. En esta ocasion empleó, primero, un tono mesurado é insinuante, llegando en su discurso hasta pedir con ruego al Tribuno, la retirada de aquella ley. Mas, viendo que su moderacion se tomaba por flaqueza, é irritado por las insolentes provocaciones de Metelo, cayó sobre él con su violencia acostumbrada, y le dejó sin un sólo sufragio en la Asamblea; ante la cual descubrió las miras ocultas de los partidarios de Pompeyo, y el gran peligro que la libertad corria, si á tiempo no se desbarataban tan ambiciosos proyectos. Entónces fué cuando dijo con acento terrible y amenazador: «Jamás, miéntras yo aliente, entrará Pompeyo en Roma, con sus legiones.» (27)



Pero, un triunfo oratorio mayor que estos y que otros que obtuvo Caton en el Senado y el Foro, fué el que alcanzara, contra el mismo Julio César, en uno de los solemnes debates á que dió lugar la conjuracion de Catilina. No pueden, los hombres ambiciosos y grandes, abrirse anchos caminos de dominacion, en una sociedad que regularmente funciona; lo cual hacia que César, sin confundirse con los vulgares cómplices del expresado Catilina, vislumbrase, en los disturbios públicos y en el abatimiento del Senado, ocasiones propicias para levantarse, más fuerte que todos, sobre las ruinas de los poderes de su patria. En la ocasion á que me refiero, Julio César acreditó una sagacidad, una osadía y una cautela extraordinarias. Defender la vida de los principales conjurados evitando toda apariencia de complicidad con ellos, y disponer los ánimos á la clemencia cuando se mostraban inclinados, por efecto de anteriores discursos, á las medidas de rigor, era ciertamente una tarea muy delicada y difícil; más delicada y difícil aún, despues que Ciceron, entónces cónsul, habia desplegado los infinitos recursos de su palabra para presentar, dignos de la muerte, á los cómplices de Catilina. Sin embargo de esto, el efecto que produjo el hábil y elocuente discurso de César fué tan grande, que, todos los que

habian opinado de diferente modo que él, reformaron su dictámen, aprobándolo todos los que opinaron despues, hasta llegar el turno á Caton. Del discurso de éste, Salustio ha conservado un extracto, y Plutarco algunas breves frases: fué el único de los suyos que se copió y conservó, por lo cual pudieron referirse á él, con entero conocimiento de causa. Yo sólo os diré que produjo una tan enérgica reaccion en la Asamblea, que unánimemente se acordó el castigo de los culpables, y César, sospechoso de ocultas inteligencias con ellos, estuvo á punto de perecer á manos de una guardia de jóvenes caballeros, que cuidaban de la seguridad del Senado. (28)

En este debate le ocurrió, tambien, á César, un incidente muy extraño. Le llevaron, miéntras Caton hablaba, un billete que despertó, en muchos senadores, la sospecha de si seria algun aviso de los conjurados. Apostrofóle, por ello, su contrario, con vivas instancias para que ante todos lo leyese, lo cual no dejó á César otro medio de impedir la publicidad del contenido, que entregar el billete al mismo Caton. Este vió que estaba escrito por su propia hermana, la que fué madre de Marco Bruto, y bruscamente lo devolvió á César, sin acabar de leerlo, como si fuese un ascua que abrasara su mano. Aquella carta con-



tenia, sin duda alguna, cosas muy ajenas á la conjuracion de Catilina. (29)

No seguiremos, paso á paso, á estos dos insignes personajes en todo el curso de su vida, hasta ver á Caton darse la muerte, con sus propias manos, en la ciudad de Utica, por no caer en poder de César, ni sobrevivir al partido que sucumbió en Farsalia, y más tarde á César, que de tantos combates y peligros habia salido ileso, perecer bajo el puñal de unos conspiradores. Sólo añadiré, para terminar lo que me propongo decir esta noche, sobre J. César, que fué el más grande hombre de su patria, y uno de los mayores de la antigüedad y de todos los siglos; y que sus talentos y su fortuna, siempre esclava de sus designios, acumularon, sobre su frente, las múltiples glorias del guerrero, del orador, del político, del legislador, y del hombre de letras. Y como si, hasta su fin, hubiese querido la Providencia recomendarlo á la admiracion y las simpatías de las generaciones venideras, su muerte trágica y prematura fué la señal de nuevas guerras y tempestades, que nunca se habrian levantado, en Roma, miéntras él hubiese tenido, en sus manos, el gobernalle de la República.

Señores: de ordinario acontece que, los demócratas, ó los que llevan tal nombre entre nosotros,

ven, en César, un déspota aborrecible; pero esto consiste en que les es más fácil calumniarle, que estudiarle con detenimiento é imparcial criterio. El ahogó, entre sus robustos brazos, el mónstruo de los partidos políticos que devoraba á su patria, como hoy devora á la nuestra; él marcó, á Octavio, la senda que debia emprender para conseguir la unidad del mundo; y aunque el trono de los Césares se vió manchado por Nerones y Calígulas, al fin lo ocupó un Constantino el Grande, que, en un sólo dia, destruyó los altares del paganismo, para que pudiera levantarse el Vaticano, con el símbolo de la Redencion en su cúspide, sobre las ruinas del envilecido Capitolio.

He dicho.



# ILUSTRACIONES Y NOTAS

## AL DISCURSO NOVENO.

(1) Véase la nota 2 del discurso sétimo. En las biografías de Mario y Sila, es donde se ve confirmado, por Plutarco, lo que decimos en el texto, sobre que ambos personajes veian, en la prolongacion de la guerra, un medio de conservar su poder.

(2) Las noticias de ese párrafo están tomadas de Plutarco *(Vida de Julio César)*; Ciceron (*Or. Il.LXXII y siguientes*), y Suetonio, en la Biogr. de J. César, (par. IV). Este autor dice que á los 14 años, César fué *designado* sacerdote, y nosotros le seguimos en el texto, aunque Paterculo (II-43) dice que fué *creado*. Además de Apolonio, tuvo César otros maestros anteriormente, como puede verse en este párrafo: «Uno de los primeros maestros de César fué Marco A. Gniphon, hombre de gran talento y de ilustracion vastísima. Enseñó primero en la casa del mismo J. César, niño aún, y despues en la suya propia. Daba preceptos de retórica y elocuencia, y sólo declamaba, en público, los dias de mercado. Ciceron asistia á oir sus lecciones, áun durante su pretura. (*Suetonio. Gram. Ilus. VII.*)

(3) Plutarco. *Vida de M. Bruto*; *Vida de César*.— Suetonio, *Vida de J. César*.